
AMERICA LATINA Y LA SOCIALDEMOCRACIA

Jorge G. CASTAÑEDA

Después de un incipiente decenio de oro en América Latina durante los años 80, la socialdemocracia hemisférica se debate hoy entre el descrédito ideológico, el desprestigio de gestión y el abandono pragmático o la traición programática de su proyecto. En tiempos pasados, desde la histórica reunión de la Internacional Socialista en Caracas en 1976, su futuro latinoamericano parecía altamente prometedor. Los partidos —y a partir de comienzos de la década anterior, los gobiernos socialdemócratas europeos— apoyaban, auspiciaban y financiaban a sus correligionarios en las Américas: de Río de Janeiro hasta El Salvador, pasando por Santiago de Chile en la oposición o por Lima en el gobierno, el llamado socialismo democrático iba viento en popa.

Hoy, es la desbandada. La ola ideológica que ha inundado al mundo entero de axiomas conservadores antes vistos como meras elucubraciones extremistas no ha perdonado a América Latina. La fe absoluta en el mercado, la apertura económica propia y la cerrazón ajena, la privatización y la desregulación en ausencia de

un Estado de derecho cabalmente conformado, se han convertido en los nuevos dogmas de los gobernantes latinoamericanos. El viejo anhelo socialdemócrata se ha desvanecido, relegado al mentado basurero de la historia, junto con sus supuestos hermanos gemelos, el socialismo autoritario de Europa del Este y el clásico populismo hemisférico. Donde aún gobiernan partidos socialdemócratas —Venezuela, Jamaica, Bolivia— lo hacen poniendo en práctica políticas indiferenciables de las de sus adversarios: Michael Manley en su segunda reencarnación, ya en vísperas del retiro; Carlos Andrés Pérez con su afán privatizador y los consiguientes motines populares y rebeliones militares que suscita; Jaime Paz Zamora y sus asesores harvardianos, indiferenciables de sus colegas neoliberales en América Latina, salvo por la amenaza siempre presente del cuartelazo.

Aquí yace el riesgo de la necesidad que algunos han evocado de «vaciar de populismo» al socialismo latinoamericano. Confusión lógica y explicable en el caso de América Latina: en muchos casos los «nuevos» socialdemócratas latinoamericanos son los herederos actuales del populismo de antaño. Acción Democrática en Venezuela, quizás el partido socialdemócrata con mayor experiencia de gobierno en el continente, encabezó un régimen típicamente populista entre 1945 y 1948, antes de que fuera derrocado por un golpe militar. Leonel Brizola, actual vicepresidente de la Internacional Socialista, comenzó su carrera populista en Río Grande do Sul a finales de los años 50, y al supuesto radicalismo populista que enarboló durante el gobierno de su cuñado Joao Goulart hasta 1964 en Brasil se le suele atribuir la responsabilidad de la asonada militar de aquel año. Pero habría que evitar las asimilaciones de esta índole, por justificables que parezcan: el populismo clásico latinoamericano no es lo mismo que la socialdemocracia actual, y achacarle los vicios —sobre todo antidemocráticos— y los errores y limitaciones —ante todo económicos— del primero a la segunda no es del todo válido.

En Europa, como en Estados Unidos y la misma América Latina, es indudable que existe hoy una mayor conciencia de la exigencia del rigor en la gestión macroeconómica; que no todo se puede de inmediato o al mismo tiempo, y que el logro o el mantenimiento de los grandes equilibrios económicos constituye un imperativo innegable de cualquier administración socialdemócrata. Pero la manera de resolver este problema real, que ha desbaratado innumerables experiencias reformistas en América Latina, no es abdicando de las responsabilidades sociales propias. La respuesta al acertijo económico no puede consistir en asumir las políticas del adversario, poniendo en práctica una gestión de derecha por gente de izquierda. Es el tan llevado y traído niño de la bañera: tirar las metas sociales y de igualdad con el desorden económico.

Más aún, América Latina no es Europa. La socialdemocracia europea, en particular la francesa y la española, ha hecho lo que hizo durante el último decenio —y los resultados tal vez sean menos contundentes de lo que un modelo a seguir podría requerir— porque ellos mismos, u otros antes, hicieron mucho. François Mitterrand impuso un giro a la derecha al Partido Socialista Francés en 1983, pues durante los dos primeros años de su mandato impulsó un conjunto de reformas económicas y sociales sin precedentes desde la Liberación. Y todo ello se llevó a cabo en un país en el cual tres gobiernos previos, por limitarnos a la Quinta República, habían realizado una enorme obra social, desde el *dirigisme* a ultranza de Charles de Gaulle en los años 60, hasta el centrismo ilustrado de Giscard, pasando por el acentuado reformismo social de Jacques Chaban-Delmas bajo la presidencia de Georges Pompidou. Si de dismantelar Estados asistenciales se trata, allí había tela de donde cortar. Quién se atreve a decir lo mismo de Brasil o México, del Perú desgarrado o de Chile al cabo de 15 años de dictadura. Y sobre todo, no es lo mismo darle libre curso al mercado en el contexto de un marco regulatorio afinado, refinado y viejo ya de varios siglos, que hacerlo en las tierras de la corrupción desaforada, del abuso cotidiano y del salvajismo económico y social más primitivo. Como decía alguna vez un alto funcionario mexicano del gobierno de Carlos Salinas: ¿qué significa desregular cuando ni siquiera existe un Estado de derecho?

Si pasar del otro lado no resuelve el problema, quedarse a medio camino tampoco representa una solución. Donde la socialdemocracia gobierna a medias o en coalición —Chile, Ecuador—, se suma a un proyecto ajeno. Sus concesiones constantes, y la escasa reciprocidad que provocan, no emanan de un programa propio, sino de la asimilación «modernista» de un esquema ajeno. Por último, donde gobernó antes sufre el oprobio y se vuelve la culpa de todos los males: Alan García en el Perú constituye el mejor ejemplo del precio del fracaso socialdemócrata, como si fuera en realidad tan fácil gobernar esa nación andina, o como si todas las pesadillas a las que se enfrenta hoy provinieran del populismo del ya no tan joven dirigente aprista.

1.

Muchos ya lo han lamentado a propósito del socialismo europeo: pareciera que para tener éxito la socialdemocracia latinoamericana tiene que adoptar el proyecto de sus enemigos. A la inversa, para ser derrotada y humillada, basta que aplique el programa por el cual votaron sus electores. El mecanismo de culpa por complicidad se perfecciona inexorablemente. Se asimilan las economías de mercado pero mixtas, reguladas y protegidas del sur del río Bravo con las economías de mando centralizado de Europa del Este; se identifica la vocación social, nacionalista y democrática de los socialistas latinoamericanos

con la barbarie estalinista de la URSS. Peor aún, se confunde la transición al libre mercado en el Este con el desmantelamiento latinoamericano de un Estado asistencial indispensable en sociedades donde más de la mitad de la población es pobre, y en las que la clase media es una minoría social, si no es que étnica también. Pero como las modas ideológicas desconocen el *fair play* o la honestidad intelectual, no sirve de mucho lamentar la injusticia de la aparente debacle de la socialdemocracia latinoamericana.

Conviene más bien tratar de entender si es duradera o no, y bajo qué condiciones puede superar el trance actual. Por innegable que sea el desmoronamiento ideológico de la izquierda, lo que los marxistas solían denominar las «condiciones objetivas» jamás han sido tan favorables como hoy para un proyecto socialdemócrata en América Latina. La conjunción de diez años de regresión social y estancamiento económico con un proceso de democratización real, tanto en materia electoral como a través del florecimiento de la llamada sociedad civil, crea condiciones excepcionalmente propicias para un proyecto socialdemócrata clásico. El neoliberalismo en boga, tan inapropiado hoy en el continente como lo fueron en el pasado las importaciones ideológicas anteriores —liberalismo de las luces en el siglo XIX, marxismo y leninismo en los albores del siglo XX—, contribuye también a la promesa socialdemócrata.

De la misma manera que el reaganismo y el thatcherismo no tardaron en despertar una reacción pendular en sociedades mucho menos vulnerables, los estragos del radicalismo de libre mercado provocan ya respuestas —no todas ellas alentadoras— que inevitablemente le abren espacios a la socialdemocracia en América Latina. Así, la justicia social y la reducción de la desigualdad; consolidar y extender la democracia; la construcción y el fortalecimiento de la sociedad civil; defender la soberanía nacional mediante una integración regional entre iguales: estos temas simples y centrales de un esquema socialdemócrata están más que nunca a la orden del día en un continente desolado por el decenio perdido y por remedios que sólo agudizaron los síntomas de un enfermo desahuciado.

En efecto, las soluciones que se han buscado a los agobios recientes los agravan, no los aligeran. Las nuevas políticas conservadoras de libre mercado y apertura económica pueden quizá rendir resultados a mediano plazo. En el mejor de los casos, exacerbarán durante un buen tiempo las ancestrales y abismales desigualdades sociales latinoamericanas, dejando desprotegidas a vastas capas de una población de por sí inerme. Y si fracasan, o apenas producen magras recompensas, muy por debajo de las expectativas creadas, una rectificación social-demócrata puede aparecer con más razón como una alternativa humana, digna y justa, después de la aventura del *laissez faire* decimonónico. Nadie pretende a esas alturas que la mera pobreza genera automática-

mente posiciones políticas o ideológicas de izquierda. Pero parecería igualmente falso aseverar que la miseria sólo desemboca, siempre y tercamente, en apatía y resignación.

Existen, sin embargo, tres grandes interrogantes o reservas. Una podría apodarse así: el síndrome de Sendero, o la verosimilitud de la amenaza extrema. Casi desde el surgimiento en el mundo del movimiento obrero y sobre todo a partir de la Revolución Rusa, el reformismo económico y social en su vertiente dominante moderna —la socialdemocracia— ha podido esgrimir a su favor un argumento poderoso y convincente. Si bien los cambios y sacrificios que propone son terriblemente dolorosos para las clases pudientes, constituyen un mal menor. Sin dichos cambios —esto es, sin la seguridad social, el seguro contra el desempleo, las vacaciones pagadas, la contratación colectiva, la representación sindical, sin una política de vivienda, de educación pública, de capacitación—, la llegada del radicalismo obrero o popular, llámese bolchevismo, comunismo o castrismo, sería inminente. Este fue el principio fundador de Rómulo Betancourt y la Alianza para el Progreso en Venezuela a comienzos de los años 60; en esto consistió un poco después el argumento justificatorio del reformismo de Eduardo Frei en Chile, que si bien era demócrata-cristiano, fungía como socialdemócrata. El fin de la guerra fría y el desplome del socialismo han dado al traste con este paradigma, dejando a la socialdemocracia verdaderamente huérfana de su original razón de ser.

Pero como en América Latina, por lo menos, la miseria imperante y la desigualdad abismal permanecen vigentes, la necesidad de reformas y la posibilidad de estallidos o movimientos milenaristas sigue viva. Paradójicamente, la pesadilla de Sendero Luminoso, que ha destruido a la izquierda peruana, tanto en su fuerte y vieja vertiente socialdemócrata —el APRA— como en su nueva faceta, más radical y a la vez más moderna —Izquierda Unida—, puede servir de perverso acicate para procesos socialdemócratas en otros países. Si no existe la amenaza de algo peor, de una alternativa extrema y peligrosa para los privilegiados del *statu quo*, éstos no aceptarán siquiera cambios mínimos, ni mucho menos transformaciones de fondo. Sin mal mayor, por definición se desvanece el mal menor. Las grandes reformas en América Latina, cuando se han gestado, lo han sido en buena medida para evitar cambios más profundos y concesiones más aborrecidas por las capas dominantes. Si a fin de cuentas las burguesías mexicana y argentina, por ejemplo, toleraron —ciertamente no de buena gana— las mutaciones económicas y sociales del cardenismo y de Perón, respectivamente, fue por temor a perder más de lo que ya habían perdido. Este miedo ha ido desapareciendo en América Latina, conforme se ha diluido el fantasma del socialismo y de la Revolución Cubana. Sendero en Perú es quizás el único rezago que perdura de una época en la que el pánico de las oligarquías permitía realizar reformas de gran envergadura mediante un cierto consenso, por forzado que fuera.

El espectro de Sendero, con su terror atávico, su fundamentalismo ideológico y su arraigo étnico, puede ser la fuente de inspiración de un miedo sano que abra paso a la viabilidad de un reformismo latinoamericano hoy en día carente de justificaciones «realistas» de existencia. No cabe duda que ahora su efecto en el Perú es el opuesto: destruir a una izquierda que llegó a ser una de las más poderosas del continente. Y es perfectamente posible que el senderismo nunca llegue a ser un verdadero estímulo para reformas sociales de fondo *en el Perú* porque sus bases pueden resultar insensibles a dichas reformas, ya que el arraigo de la organización va más allá —o se sitúa más acá— de simples demandas de satisfactores sociales clásicos: vivienda y servicios urbanos en las ciudades, tierra e integración en el altiplano. Pero el despertar de un integrismo andino puede surtir efecto en otras latitudes latinoamericanas; entonces el sacrificio peruano no habría sido en vano.

El aparente milenarismo militar de Hugo Chávez y su movimiento bolivariano en Venezuela constituye quizás un fenómeno análogo: frente a la abdicación de Carlos Andrés Pérez y la transmutación neoliberal de Acción Democrática, no es imposible que el integrismo cuartelar de los oficiales medios del ejército venezolano represente el estímulo necesario para un reencarrilamiento de la socialdemocracia en Venezuela. Aunque también puede ser la forma desviada, trágica pero eficaz, de este reencauzamiento: un nuevo nasserismo latinoamericano en las postrimerías del siglo XX.

2.

La segunda interrogante se refiere al contexto internacional y a la transformación de la socialdemocracia: pasar de ser un ejemplo intelectual a un paradigma de civilización con todo lo que ello implica. Uno de los principales motivos por los que el mundo parece tan engañosamente unipolar es justamente la ausencia de una proyección militar y sobre todo ideológica de los demás polos potenciales. Son bien conocidas las diferencias importantes que separan a la Europa continental y al Japón de Estados Unidos en tanto sociedades y sistemas económicos, y como conjunto de relaciones de clase (quizá Marx esté muerto y enterrado; las clases sociales y sus relaciones sin duda no lo están). Pero estas diferencias aún no se han convertido en la sustancia de paradigmas rivales para el resto del mundo. Existe un capitalismo alemán o renano (como lo ha bautizado Michel Albert en su *Capitalismo contra capitalismo*, un texto premonitorio). Existe también, por supuesto, un capitalismo japonés, más o menos semejante al renano, según el punto de vista que se adopte: dirigista, social, protegido y regulado, largoplazista y fuertemente interventor en materia educativa, de investigación y desarrollo, de salud y de infraestructura. Pero no existe hoy un *modelo* o un *paradigma* europeo o asiático.

Esas potencias económicas carecen del mensaje ideológico de la política exterior y de la ambición cultural (por ahora) para convertir su propio éxito en receta para los demás. Alemania y Japón de vez en cuando procuran imponer ciertas políticas a sus vecinos; pero aún no han hecho de la adopción de su proyecto por otros un asunto de prioridad nacional. No ocupan en los organismos internacionales (Consejo de Seguridad de la ONU, Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional) los espacios que corresponden a su fuerza económica ni desempeñan el papel que debiera derivarse de su posición. Por más que se escuchen con creciente frecuencia e intensidad las reclamaciones japonesas y alemanas en torno a la estructura actual del Consejo de Seguridad de la ONU, del directorio del Banco Mundial y del Fondo y del discurso analítico y normativo de estas dos últimas instituciones, hasta ahora no pasan de eso: reclamaciones más o menos sentidas. Sobre todo, ni Alemania ni Japón esgrimen ni pugnan por esquemas alternativos a los que propone Estados Unidos, siendo que las razones de su éxito residen precisamente en la aplicación de políticas económicas, sociales y culturales radicalmente distintas de las estadounidenses.

No obstante, si la lógica y la historia significan algo, es sólo cuestión de tiempo para que esto suceda. La desaparición del paradigma (y del enemigo) socialista transformará los matices entre las economías, las sociedades y los Estados del Primer Mundo en verdaderos contrastes mayores. Sus anteriores rivalidades puramente económicas y de baja intensidad se desplegarán por lo menos ideológica, si no es que militarmente, en aquellas regiones del globo en plena transición: los países de Africa, Asia y América Latina. Estados clientelares, esferas de influencia económica pero también ideológica y política, paradigmas alternativos y recursos para respaldarlos, y sobre todo, la emergencia de auténticos y contradictorios intereses en el Tercer Mundo para la Euro-Alemania y el Japón: todos estos factores y acontecimientos le devolverán a estas potencias el estatuto que poseían antes de la guerra fría, el de ser polos a plenitud en un mundo verdaderamente multipolar.

Todo ello para ventaja del Sur, y en detrimento directo de un fin de la historia de las relaciones internacionales. Más aún, si alguna vez surge un paradigma socialdemócrata para el Tercer Mundo que vaya más allá de la curiosidad sociológica y el deseo de viajar *aux pays chauds* o al Nuevo Mundo de algunos dirigentes o intelectuales socialistas europeos, probablemente tenga que ser a la vez un paradigma alemán-europeo o japonés: una «economía social de mercado» o el «modelo germano-nipón». No puede existir un proyecto ideológico «interno» sin soporte social interno, ni puede surgir y sobrevivir un paradigma alternativo a escala internacional sin grandes potencias que lo hagan suyo, lo financien y, —en efecto— lo utilicen para desplazar a otras potencias y establecer sus propios esquemas de dominación.

La tercera condición de éxito de la socialdemocracia en América Latina consiste en construir el consenso de un nuevo pacto nacional, semejante al que surgió en los años 30, pero incluyendo ahora a los excluidos de entonces. La envergadura de las reformas de toda índole que el continente requiere, aunada a la magnitud de los problemas y la intensidad de las divisiones, dificulta enormemente la consecución de cambios con mayorías exiguas —como las que la democracia electoral, dejada de sí misma, suele generar— o espurias —como las que emanan de regímenes autoritarios, que han gozado de apoyos reales: Cuba, México.

Desde los años 30, con las variaciones propias de cualquier cronología aplicada a casos múltiples, América Latina vivió las delicias, las desventuras y en algunas ocasiones la tragedia de una especie de pacto nacional —populista, nacionalista y no muy democrático que digamos— que permitió la modernización acelerada de países enormes y complejos. Naciones rurales, iletradas, desprovistas de infraestructura, y pobladas por masas uniformemente empobrecidas, pasaron a conformar países urbanos, con índices de alfabetización insuficientes pero elevados, con clases medias minoritarias pero ya no inexistentes, y con carreteras, puertos, presas, transportes y comunicaciones. El costo fue en muchos casos exorbitante, el resultado nunca se situó a la altura de las expectativas o necesidades, y la condición para incluir a amplios sectores sociales en ese pacto —obreros organizados, clases medias, empresarios nacionales, intelectualidad nativa— fue la exclusión de muchos más: el campesinado pobre, los «marginados urbanos», los grupos étnicos desposeídos.

Hace años, el pacto en sí dejó de ser viable —o deseable— pero el esquema posiblemente siga siendo válido. América Latina requiere consensos, o en todo caso, cómodas y democráticas mayorías para salir adelante. La derecha continental ha sido históricamente incapaz de construir los primeros, o de lograr las segundas. Por razones ideológicas, étnicas e internacionales, su llamada capacidad de convocatoria siempre ha resultado coja: o impone por la fuerza, o no hace nada. La extrema izquierda, devastada por la crisis del socialismo y las tribulaciones cubanas, difícilmente puede aspirar a volverse mayoritaria; sin duda, ninguna fracción de la izquierda en su conjunto pueda hacerlo sola. Pero si alguna se encuentra bien colocada y preparada para lograrlo, es la nueva y la vieja socialdemocracia latinoamericana.

Los grandes rasgos de su paradigma son evidentes. Su enemigo principal es la desigualdad: en un continente donde el neoliberalismo ensancha disparidades ya de por sí gigantescas y crea algunos nuevos ricos en Providencia y en Polanco junto con millones de nuevos pobres en Nezahualcóyotl y Peñalolen y Macul, el combate a la desi-

gualdad y no a la pobreza extrema (siguiendo el esquema del Banco Mundial) es un programa en sí mismo. En materia política, la democratización auténtica, gracias a la profundización de los mecanismos representativos y al fortalecimiento de una sociedad civil ancestralmente débil, es una bandera que ni la derecha ni el centro se apresuran ya a izar. Y en el ámbito internacional, la búsqueda de esquemas de integración regional regulada, planificada, con contenido social y una armonización hacia arriba, junto con un nacionalismo longitudinal (que busca alianzas en el Norte y en el Sur, dentro de las sociedades, sistemas políticos y culturales del Norte en apoyo de las causas del Sur), representan fórmulas originales, aunque indudablemente incipientes, para una socialdemocracia latinoamericana.

Ninguno de estos objetivos puede alcanzarse sin el apoyo de un sólido segmento de las clases medias y del empresariado hemisférico; pero éstos jamás se unirán a un programa semejante si no es por temor a algo peor. Y aunque el programa, el esfuerzo y la imaginación tendrán que ser ante todo internas, sin apoyo internacional nada es posible en el mundo globalizado, valga la redundancia. De allí la pertinencia de los tres requisitos antes esbozados: el mal mayor, la emergencia de nuevas potencias paradigmáticas y la propuesta de un nuevo pacto fundador. Sin las condiciones para su realización el programa carece de valor; la realización de las condiciones sin un programa viable y consecuente no sirve de nada.

Formular el programa, encontrarle soportes sociales internos y apoyos externos es la actual tarea socialdemócrata en América Latina. Es posible —incluso probable en muchos casos— que las organizaciones socialdemócratas «realmente existentes» no estén a la altura de las exigencias. No sería sorprendente que el «espacio» o la «función» terminen ocupados por grupos, movimientos o partidos que no sólo no se reclaman hoy de esa tendencia, sino que jamás lo harán. Y la tentación populista subsiste: el que no la haya sentido en nuestros países de pobreza lacerante e inmovilismos seculares, carece por completo de sensibilidad. Pero si la socialdemocracia en América Latina responde a estos retos, puede convertirse en el vértice de un nuevo encuentro de los excluidos de la vez pasada, con los grandes beneficiados de otros tiempos que hasta ahora se han resistido a aceptar mutaciones sustanciales, y no sólo tendrá futuro en América Latina, tendrá ángel, que en nuestros países es tanto o más importante.